

ORANDO CON LA PALABRA

(Domingo 24º Tiempo Ordinario)

“ Jesús y sus discípulos se dirigieron a las aldeas de Cesárea de Filipo, por el camino preguntó a sus discípulos: “¿Quién dice la gente que soy yo?”. Ellos le contestaron: “Unos Juan Bautista, otros Elías, y otros uno de los profetas”. Él les preguntó “Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?”. Pedro le contestó: “Tú eres el Mesías”. Él les prohibió terminantemente decírselo a nadie. Y empezó a instruirles: “El Hijo del hombre tiene que padecer mucho, tiene que ser condenado por los senadores, sumos sacerdotes y letrados, ser ejecutado y resucitar a los tres días”. Se lo explicaba con toda claridad. Entonces Pedro se lo llevó aparte y se puso a increparlo. Jesús se volvió, y de cara a los discípulos increpó a Pedro: “¡Quítate de mi vista, Satanás! . ¡Tú piensas como los hombres, no como Dios!”. Después llamó a la gente y a sus discípulos y les dijo: “El que quiera venirse conmigo, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga. Mirad el que quiera salvar su vida, la perderá, pero el que pierda su vida por el Evangelio, a salvará.”

(Mc. 8,27-35)

La Palabra, en el texto de Marcos, nos va adentrando en la relación de Jesús con sus discípulos. A medida que van avanzando en su conocimiento, Jesús va mostrándoles exigencias profundas que tendrán que vivir, quienes quieran seguirle.

Jesús, preguntando lo que la gente opina sobre Él, va acercándose al corazón de cada uno de ellos. Es momento de reconocer quién es y qué significa Jesús en sus vidas. “ Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?”.

Que en el silencio, dejemos resonar en nosotros la Palabra, que nos vuelve a cuestionar hoy, sobre lo fundamental. ¿Quién es Jesús para mí, cómo lo vivo y cómo lo anuncio?.

Jesús, sigue preparando a sus discípulos para la misión de anunciar el Reino, mostrándoles la dimensión de sufrimiento y de cruz que implica la fidelidad al proyecto de Dios. Palabras difíciles de asumir, incluso de entender: negarse a sí mismo, cargar con la cruz. No se trata del dolor por el dolor, sino de vivir con tal fuerza y honradez la entrega, que se esté dispuesto a cargar con el conflicto a costas, a vivir el silenciamiento, la muerte, si éste es el precio de la fidelidad.

Que sepamos entrar en la dinámica aparentemente contradictoria del perder que es ganar. Que recordemos y actualicemos, que la Salvación viene desde abajo, desde lo pequeño, desde lo oscurecido, desde lo humilde. Y que vivamos las actitudes de Jesús, el Siervo despreciado, traicionado, condenado que, en su misericordia desbordante, perdona y salva.

ORACIÓN

Vengo a ti, un día más,
hambreando tu presencia
en el misterio

y en el silencio de la fe.
Vengo a ti,
acogiendo tu Palabra,
que incisiva y clara
sigue preguntándome:
¿Quién soy yo para ti
y qué significado en tu vida?.

No sé si respondo, Señor,
lo que eres realmente o lo que deseo que seas
para mi y en mi vida.
Pero realidad o sueño,
compromiso o proyecto,
necesito repetirte
que eres mi único Señor.
Eres, la presencia cercana de Dios, en mi vida,
quien la levanta y la impulsa, cada mañana.
Quien me muestra el corazón y el rostro
del Dios que me sustenta,
que me fortalece,
que me humaniza y me diviniza.
Quien me llama y me acompaña
porque quiere que hagamos “Reino”
en la misma barca.
El Reino de la Justicia
y la Misericordia,
que nos abre al horizonte
de una vida plena y feliz para todos,
hacia la que vamos navegando, ya.

Pero seguirte, Señor,
no es tarea fácil,
y hoy tu Palabra,
me presenta un camino duro,
que implica negación y cruz.

Negarse a sí mismo..
es no esperar gratitud ni reconocimiento,
es buscar el bien del otro
antes que el tuyo propio.
Es apoyar, sonreír, perdonar

aunque no recibas apoyo, son risa ni perdón.

Es integrar
proyectos y sueños truncados,
sin recriminar, sin perder la serenidad
ni la esperanza.

Es ponerse al lado del débil,
aunque pierdas el favor del fuerte.

Es afirmar la vida
y todo lo que es honrado y justo,
aún a precio de morir,
o de ser silenciado.

Y me vuelves a repetir, Señor,
que quién pierde su vida, por ti, por tu mensaje,
por la verdad, por los otros,
por los más pequeños,
la gana.

Y ganar la vida en ti,
es amanecer cada mañana
con el corazón libre.

Es sonreír a los ojos y al viento.

Es estrenar cada día, la libertad
y sentirte fortalecida en la fe.

Es saberte reconciliada, salvada
y gozar ya, del sabor del Reino.

Es confiar
en que todos caben
en el corazón de Dios,
y que Él seguirá impulsando
semillas nuevas
que den dignidad y esperanza
a los hombres y a los pueblos.

¡Harnos humildes y fuertes
para no tener miedo
a perder la vida,
y danos la alegría sencilla y profunda
de ganar la vida en ti.

Amén

(Hna. F.Oyonarte)

